

30

Colección
Ciencias Sociales



Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo

Clara Cecilia Mesa y María Paula Valderrama
Compiladoras



UPB

Universidad Pontificia Bolivariana

Mesa, Clara Cecilia, compilador

Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo / Clara Cecilia Mesa y María Paula Valderrama. Compiladores -- 1 edición-- Medellín: UPB. 2024 -- 253 páginas - (Colección Ciencias Sociales, 30) ISBN: 978-628-500-120-8 (versión digital)

1. Teoría psicoanalítica 2. Políticas y debates culturales 3. Psicoanálisis lacaniano

CO-MdUPB / spa / RDA / SCDD 21 /

© Varios autores

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo

ISBN: 978-628-500-120-8 (versión digital)

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-500-120-8>

Primera edición, 2024

Escuela de Ciencias Sociales

CIDI: Grupo de investigación: Grupo de Investigación en Psicología (GIP).

Proyecto: Las pasiones políticas desde una mirada psicoanalítica.

Radicado: 326C-11/18-10.

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Padre Diego Marulanda Díaz

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Ciencias Sociales: Omar Muñoz Sánchez

Directora de la Facultad de Psicología: María Paula Valderrama López

Coordinadora (e) Editorial UPB: Maricela Gómez Vargas

Revisión editorial: Mariaclara Olaya

Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Editorial UPB

Corrección de estilo: Diana Patricia Carmona Hernández

Fotos portada: Fragmentos de *El infierno musical de El jardín de las delicias* de Jerónimo Bosco, 1490 o 1500. Licencia Creative Commons.

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2024

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Medellín - Colombia

Radicado: 2289-02-10-23

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Política del análisis y formación del analista¹

Luis Izcovich
alizco@wanadoo.fr

Psicoanalista, psiquiatra de formación y doctor en psicoanálisis (Paris VIII). Miembro de la Internacional de los Foros del Campo Lacaniano y de su Escuela de Psicoanálisis (l'EPFCL), de la cual es uno de los miembros fundadores. Enseñó en el Departamento de Psicoanálisis de París VIII, enseña actualmente en el Collège de Clinique Psychanalytique de Paris y ejerce el psicoanálisis en París.

1 Exposición en el X Coloquio sobre "Psicoanálisis y política", Foros del Campo Lacaniano, sede Bogotá (Colombia), 3 de noviembre 2018. Transcripción realizada por: Sebastián Báquiro, Christian Casas y Esteban Obando. Revisión final: Gloria Gómez.

Voy a comenzar refiriéndome al psicoanálisis frente a la política, porque el término política es sin duda algo que ustedes ya han trabajado, no sé desde qué perspectiva, ya que para poder sostener la política del psicoanálisis es difícil no hacer referencia a lo que es la política en general. El punto que me interesó, particularmente, es la diferencia de la política del psicoanálisis, específicamente en relación con el deseo, respecto al deseo en la política.

Comenzaré con dos comentarios de Lacan. El primero es aquel donde plantea que la felicidad se ha convertido en un factor en la política, y el segundo en el cual Lacan propone la fórmula siguiente: el inconsciente es la política. Entonces, esto nos lleva a postular una diferencia fundamental del psicoanálisis frente a todo discurso político: es que la posición del psicoanálisis se define esencialmente como una ética del deseo; en ese sentido cabe preguntarse sobre lo que es posible esperar del psicoanálisis en nuestro siglo. El psicoanálisis utiliza el término política, pero el psicoanálisis no es una política. El psicoanálisis, como Lacan lo decía, es una ética del deseo², y plantear la cuestión desde esta perspectiva es darle un sentido contrario a lo que sería la política del deseo de los políticos.

¿Qué se entiende por ética analítica? Se lo entiende cuando Lacan habla de ética analítica, introduciendo un adjetivo que la distingue de la ética tradicional, esa a la cual habitualmente uno hace referencia. La ética tradicional, ¿qué la define?, es una ética que está al servicio del bien, al servicio de los bienes, es decir, el hacer el bien. Hacer el bien es descuidar la dimensión del deseo. Aquí hay una cuestión fundamental, porque se plantea el problema sobre lo que sería la distinción entre el bien y el deseo. Entonces, retomo necesariamente cuestiones clásicas como las planteadas por Aristóteles en relación con lo que llama la moral, lo que se transformó en la moral tradicional, que corresponde a una idea de la política de la época de Aristóteles; es decir, una ética al servicio de lo que sería, en castellano, la fórmula de la ciudad. Lacan dice *la cité*, la ciudad. Entonces, una política al servicio de lo que es la sociedad, es eso lo que funda la moral para Aristóteles.

2 Jacques Lacan, El seminario de Jacques Lacan, Libro 7: La ética del psicoanálisis (Buenos Aires: Paidós, 2000).

Lo que hay que decir es que es una moral del Amo, es el Amo el que fija la moral. Dicho de otro modo, es una moral que está al servicio de sostener el poder del Amo. Si hago estas referencias, ¿es por qué razón? Porque la posición de Lacan y lo que él introduce de un modo neto en el psicoanálisis es la oposición entre poder y deseo; esta es la premisa del discurso analítico, oponer poder y deseo. Esto quiere decir que cuanto uno más está en la búsqueda del poder, más se aleja de la política del deseo, o sea que ven que aquí ya estoy introduciendo el término de política del psicoanálisis refiriéndome a una política del deseo. Entonces, ¿qué es el discurso del amo?, Lacan lo planteó como el reverso del discurso analítico; la inversión del discurso analítico. El discurso del amo se sostiene en esta posición: “Trabaja, te ocuparás de tu deseo más tarde”. Por eso Lacan evocó que una parte del mundo se orientó al servicio de los bienes con la perspectiva de perpetuar el poder.

Ahora bien, traigo algunas referencias de Lacan, sobre todo porque este planteo en relación a poder y deseo está particularmente puesto en evidencia en el seminario *La ética del psicoanálisis*. Lacan dice en ese seminario que el analista no es el garante del sueño burgués. ¿Cuál es el sueño burgués? El sueño burgués es el de estar en la comodidad, en el confort. Esto tiene consecuencias para el psicoanálisis. Por eso hago estas referencias, porque tienen que ver con la cuestión de la posición del analista. La tesis de Lacan es que para entrar en la zona del deseo hay que renunciar al poder, lo que yo decía antes, hay que renunciar a la política a todo precio, buscar el bien, y al mismo tiempo renunciar al confort. En la medida en que se renuncia a esas tres dimensiones es que se puede entrar en la zona del deseo, en lo que es la política del psicoanálisis. Luego, lo que hay que plantear a partir de ahí es que la política del psicoanálisis no es una política basada en lo ideal ni tampoco en lo ingenuo. ¿Qué sería lo ingenuo, la ingenuidad? Lo ingenuo es estar al servicio de la ilusión de creer en el optimismo. La política del psicoanálisis no es una política del optimismo, Lacan utiliza más bien otro término referido a lo que se puede esperar de un análisis; el término que utiliza –y ahí hay una cuestión de política del psicoanálisis– es el de un afecto, un afecto de fin de análisis donde no se trata de pasar del pesimismo al optimismo, sino, si se puede decir así, pasar del

pesimismo al entusiasmo³. Dicho de otro modo, cuando se habla del entusiasmo se está hablando de un afecto contrario al optimismo, es más bien la caída de los falsos optimismos. Este afecto de entusiasmo, como programa del psicoanálisis, es un afecto que no tiene que ver con la nostalgia de las reivindicaciones pasadas, ni con la nostalgia de un pasado mejor, ni tampoco con la creencia de un futuro que va a estar sostenido por la idea de un progreso. Lacan lo decía, no existe la idea de progreso. Entonces, se percibe bien y al mismo tiempo es enigmático, ¿cómo puede ser que haya un afecto de entusiasmo si no está connotado con relación al pasado, a la creencia de un pasado mejor, pero tampoco con la creencia de un futuro mejor?

Retomo la cuestión de la política del deseo. Se puede formular de otro modo. La política del psicoanálisis es una política del deseo en la medida en que la cura analítica es una política del síntoma. ¿Qué quiere decir política del síntoma? Quiere decir que el psicoanálisis a lo que apunta, de un modo fundamental, es al síntoma del sujeto. Esto tiene que ver con que el psicoanálisis no se ocupa de todos los sufrimientos del sujeto, no se ocupa tampoco del sufrimiento de la humanidad; se ocupa de una cuestión muy precisa que es: cómo, para cada uno, el sufrimiento puede hacer síntoma.

Ahora bien, cuando se habla de la política del síntoma del sujeto, ello implica la pregunta por lo que hace síntoma para cada uno, pero también la cuestión de los dispositivos de los cuales el psicoanálisis se puede servir para poner en evidencia los síntomas del sujeto. Esto significa que hay una política del psicoanálisis que no es solo la formación del analista, sino de cómo propagar el discurso analítico por fuera del dispositivo del discurso mismo entre analizante y analista; una política del psicoanálisis que consiste en pensar cuál es la transmisión que permitiría asegurar el futuro del discurso analítico. El futuro del discurso analítico se asegura en la relación entre el analizante y el analista, pero también en el modo en el cual se hace una política al servicio del sostenimiento del discurso analítico fuera del análisis. Entonces, de lo que se trata es de lo que Lacan llamó “reinventar el psicoanálisis”; insistió mucho en esta cuestión. Reinventar el psicoanálisis quiere decir, no que cada uno invente su

3 Jacques Lacan, “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, en *Escritos I* (México: Siglo XXI Editores, 1971).

propia teoría —esto quiere decir, prolongando la idea de Freud que Lacan formula de un modo diferente, pero prolonga a Freud—, sino tomar cada caso como si fuese un nuevo caso. Esto significa que hay un saber que se extrae de un psicoanálisis, pero que no sirve de un caso al otro. Si se parte de la suposición que cada caso es radicalmente nuevo, quiere decir que lo que se deposita como saber en una cura, en un caso determinado, tiene límites para aplicarse a otro caso.

En esto se significa la cuestión de reinventar el psicoanálisis. Significa que en cada caso se parte de la suposición de que existe el inconsciente. Lacan lo dice de otro modo: el inconsciente es una hipótesis. Plantear al inconsciente como hipótesis alude a que cada uno tiene un inconsciente, y al mismo tiempo el inconsciente, en la transferencia, no es lo mismo que el inconsciente previo a la entrada a la transferencia. El dispositivo analítico, con la instalación de la transferencia, condiciona al inconsciente. Entonces, en ese punto, en cada caso, de lo que se trata es de ¿cómo hacer para que pueda emerger lo que en cada uno son las formaciones del inconsciente y, por tanto, la relación del sujeto con su inconsciente? Ahí interviene la cuestión “el inconsciente es la política”. La política del psicoanálisis está guiada por hacer emerger el inconsciente en la transferencia.

Retomo, entonces, la cuestión de la política del síntoma. Esta cuestión es importante puesto que, al mismo tiempo, es lo que permite distinguir la oposición entre psicoanálisis y religión ¿Por qué? Porque cuando uno se refiere a la política del síntoma, a lo que se está refiriendo es a la definición que Lacan toma de Freud: que el síntoma es una satisfacción sustitutiva; esto no es una invención de Lacan, es Lacan con Freud. Esto quiere decir que la política del síntoma es que el sujeto pueda acceder a través del psicoanálisis a una satisfacción diferente a la que tenía al inicio del análisis, y este es un punto fundamental en la diferencia entre el psicoanálisis y la religión porque el psicoanálisis propone la existencia de una satisfacción de la pulsión. Dicho de otro modo, el psicoanálisis no prohíbe la pulsión, el psicoanálisis promueve el derecho al goce, a la satisfacción. El psicoanálisis, contrariamente a la religión, promueve el derecho al goce; a veces se pone el acento de un modo pertinente en la idea de que el psicoanálisis a lo que apunta es a una negativación del goce. Eso es cierto. Tiene que operarse una reducción del síntoma, pero, al mismo tiempo, el psicoanálisis no promueve la exclusión de todo goce, sino el derecho a un goce. Hay, entonces, una cuestión que

permite justificar lo que yo estoy planteando y es: si uno se refiere a la conclusión del seminario *La ética del psicoanálisis* y del seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*⁴, encuentra que hay, en esos dos seminarios, una conclusión que es similar, que tiene que ver con lo que se puede esperar de un análisis, ya que los dos seminarios se terminan del mismo modo: ¿cómo un sujeto vive la pulsión al final de un análisis? Dicho de otro modo, cuando uno se refiere a la ética del psicoanálisis alude al modo en el que cada sujeto se satisface de la pulsión con relación al deseo.

Entonces, conviene aquí recordar el planteamiento de Freud en el “Malestar en la cultura”⁵, que dice que el malestar en lo social está ligado a la insatisfacción pulsional; de hecho, la idea de Lacan sobre el síntoma es una prolongación de lo que Freud había anotado del síntoma como satisfacción sustitutiva. En ese sentido, ¿cómo trata la política el malestar del síntoma? La política trata el malestar del síntoma a través de la identificación. Esto es muy claro en el modo en el que Freud lo plantea en *Psicología colectiva y análisis del yo*⁶, donde define la identificación como el resorte que permite acceder al ideal y a la felicidad. Dicho de otro modo, uno accede a la felicidad si sostiene los significantes amo. Ese es el programa de la política. Entonces, si hago estas referencias es justamente para mostrar la oposición con el planteamiento del psicoanálisis. La política se esfuerza en dar una identidad ahí donde, por definición, el sujeto es indeterminado. Dicho de otro modo, el análisis promueve lo opuesto, ya que promueve también una identidad, pero una cuya salida no es por la identificación. Entonces, retomo aquí la fórmula de Lacan: “El inconsciente es la política”. Esto quiere decir que el inconsciente, ante todo, tiene que ver con el lazo de un sujeto con el otro, no el semejante, sino el gran Otro. Esto quiere decir que no hay inconsciente si el discurso del gran Otro no penetró en el sujeto. Lacan lo indica de un modo explícito: “El inconsciente es el discurso

4 Jacques Lacan, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Seminario (España: Barral Editores, 1974).

5 Sigmund Freud, “El malestar en la cultura”, en *Obras completas*, Vol. XXI (Buenos Aires: Amorrortu, 2003).

6 Sigmund Freud, “Psicología de las masas y análisis del yo”, en *Obras completas*, Vol. XVIII (Buenos Aires: Amorrortu, 2003).

del Otro”. Entonces, es importante tener en cuenta esta perspectiva porque Lacan tiene en cuenta la propuesta de Freud de que lo individual siempre toma como modelo lo colectivo.

Ahora bien, al mismo tiempo hay que darse cuenta de que la manera como Lacan construye el discurso del inconsciente sigue la misma estructura que el discurso del amo. ¿Esto qué quiere decir? Que el inconsciente en la cura analítica produce lo que Lacan llama los significantes amo. Significantes amo no es lo mismo que el Amo que dirige la ciudad. Son los significantes propios de cada uno que van a estar en posición de ordenar lo que es la existencia de cada quien. Se impone una nueva distinción entre psicoanálisis y política, y es que Lacan promueve una desidealización de la política, porque la política promueve la reunificación en función de un ideal, mientras que el psicoanálisis promueve la producción de un singular. Es eso lo que quiso decir Lacan con la idea de que el psicoanálisis es subversivo. El psicoanálisis es subversivo porque va contra los ideales, contra la propuesta de una identidad dada de antemano colectivamente; a lo que aquel se dirige es a un punto que es la singularidad de cada uno y que, por lo tanto, va en contra de la identificación. Dicho de otro modo, la política apunta a ordenar las relaciones que unifiquen las modalidades de goce, mientras que cuando se dice la política del síntoma, el síntoma es siempre el de cada uno; por lo tanto, hay en el síntoma siempre algo que está fuera de la norma. Digamos que cada sujeto tiene, a partir de su síntoma, un punto de exclusión con relación a lo colectivo. Es ahí donde queda clara la oposición entre la política y el psicoanálisis, y la razón por la cual el psicoanálisis es una política del inconsciente y del síntoma. El psicoanálisis no promueve una felicidad en función de lo colectivo. El psicoanálisis no promueve la felicidad.

La cuestión es saber, entonces, si el psicoanálisis promete algo. Se podría decir que si un sujeto viene al análisis a su primera sesión de análisis y vuelve a la segunda, es porque de la primera a la segunda algo se le prometió, si no ¿por qué vuelve? En general, en psicoanálisis se dice “yo no prometo nada”. Es cierto. Explícitamente, el analista no promete nada. Al mismo tiempo, hay una promesa implícita de que el psicoanálisis va a cambiar algo en la conducta del sujeto. De ahí, entonces, el cómo un psicoanálisis puede prometer algo sin prometerlo explícitamente. En realidad, la promesa analítica es

hacerle sentir al sujeto que si es perseverante y va hasta el final del análisis puede encontrar una satisfacción diferente de la satisfacción sustitutiva del síntoma.

La idea fundamental es que la política del psicoanálisis es la de aceptar la diferencia, no con la perspectiva de reunificar, sino con la perspectiva de acoger cada síntoma en su singularidad y, al mismo tiempo, hacer ver que el punto de perspectiva es la emergencia, no solo de una satisfacción que estaba al inicio, sino, al mismo tiempo, un deseo inédito. Entonces, la pregunta por la política del psicoanálisis, ahora en términos de formación, es ¿qué cambia el psicoanálisis con relación al deseo? Como lo decía, el psicoanálisis promueve un deseo como opuesto al poder, opuesto a la idea de bien. Entonces, ¿en qué consiste la emergencia de ese nuevo deseo que es referido de un modo específico a la propuesta del discurso analítico? Se trata, digámoslo de este modo: lo que define al deseo del analista es que es un deseo sin objeto. Esta es una cuestión fundamental porque el deseo no es una noción abstracta. Lacan conecta el deseo a la idea de una satisfacción, y si se habla del deseo como deseo de una satisfacción, necesariamente –y esto es lo común a todo deseo– que el deseo busca un objeto con el cual satisfacerse. Luego, se puede explorar la problemática del deseo en las estructuras clínicas, pero hay un punto común al deseo: el deseo necesita un objeto para satisfacerse.

La particularidad del deseo del analista es que es un deseo sin objeto, primer punto. Segundo punto, es un deseo sin sujeto, es decir, el analista, por definición, no es sujeto mientras opera como analista. Ahí hay una paradoja. La problemática, tal como Lacan la situó, es que lo que se trata de resolver es la ecuación de qué desea un sujeto, y la respuesta de Lacan es que con el deseo del analista de lo que se trata es de un deseo sin sujeto. Dicho de otro modo, el analista no interviene en la cura analítica como sujeto. Esta es una cuestión fundamental, específica a la orientación lacaniana, que permite ver por qué Lacan, de un modo radical, se opuso a la idea de la contratransferencia, idea que remite a sostenerse en la cura como sujeto; para Lacan, en la cura analítica hay un solo sujeto: es el que hace el análisis, el analizante. Por eso propuso otra dimensión para lo que es la posición del analista: el analista como semblante de objeto *a*. Semblante de objeto *a* es lo visible una vez que uno queda destituido como sujeto. Dicho de otro modo, el analista no es sujeto porque hizo, en su experiencia propia del análisis, la operación según

la cual se destituyó como sujeto. Esto no quiere decir que fuera del dispositivo analítico el analista no es un sujeto. A lo que me refiero es que en la operación de un análisis la función de ese deseo es una función que es sin sujeto, del lado del analista.

Tercer punto, política del psicoanálisis. ¿Qué se busca obtener en la cura analítica? Tenemos, por un lado, la propuesta de Freud, que es la de la *neutralité bienveillante*, es decir, una neutralidad con una buena disposición, una neutralidad bien dispuesta. El deseo del analista no es una posición completamente neutra, porque la propuesta de Lacan, en cuanto a lo que es la política de la cura, es que el deseo del analista, y este es el tercer punto: hablé del deseo sin objeto, del deseo sin sujeto, ahora se trata del deseo de obtener la diferencia absoluta. Esto lo encuentran en la propuesta que Lacan hace al final del seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, en el cual dice que el deseo del analista es deseo de obtener la diferencia absoluta. ¿Qué es la diferencia absoluta? Es, justamente, hacer de modo que lo que fue el síntoma inicial, la queja por la cual vino el sujeto, sea transformado en lo que es el punto más singular de la existencia de cada uno. Dicho de otro modo, lo que cada uno tiene de más propio es su propio síntoma.

En ese sentido, se habla de política del síntoma porque es llevar el síntoma hasta sus últimas consecuencias. No hacerlo desaparecer, ya que el síntoma tiene una función: hacer que cada uno tenga un lugar diferente con relación a los otros. De donde se habla de diferencia absoluta. Esta diferencia absoluta no es la pequeña diferencia de la cual habla Freud con relación al narcisismo, no es reivindicar la propia subjetividad; es poder acceder a cuál es el núcleo de lo más íntimo del ser de cada uno, no solo elucidarlo, sino, al mismo tiempo, sostenerse en la existencia a partir de ese núcleo. Es decir que caen las máscaras de la identificación. Una vez que caen las máscaras de la identificación, lo que queda es ese núcleo sintomático con el cual el sujeto está en sintonía. Por eso Lacan, al final de su enseñanza, introduce la fórmula, “identificarse con el síntoma”, que no es identificarse con el otro, con el semejante, ni tampoco con un proyecto común. Es identificarse con esa parte de uno mismo que funcionaba como obstáculo a uno mismo. En esta dirección, hay algo que se reinventa. Se puede retomar la palabra reinención. Algo se reinventa, es decir, un nuevo saber hacer con lo que hace síntoma; dicho de otro modo, con lo que hace ruido en cada uno. Eso, llevado hasta las últimas

consecuencias, es la condición para que pueda emerger el deseo del analista, un deseo, entonces, en el cual uno logra hacer la diferencia entre en lo que es, como sujeto del inconsciente y como objeto causa de deseo para el otro. Para decirlo de otro modo, la política del psicoanálisis es la producción de un deseo en completa disyunción con el propio inconsciente; es un deseo sin inconsciente. Introduce, entonces, toda una serie de nociones. Algunas las conocerán, quizás la articulación es menos habitual.

Intervenciones del público

Gloria Gómez: Lo que nos presentas nos lleva hacia lo que es la singularidad de la política del psicoanálisis; es con lo que terminas tu exposición cuando hablas de obtener la diferencia absoluta, como política de la experiencia analítica. Diría también que, y contextualizando el tema y su abordaje por parte de los analistas lacanianos en nuestro contexto, que domina un abordaje referido a lo que la teoría de Lacan aporta para examinar lo social, el discurso capitalista en sentido amplio, mientras que el asunto de la política propia al psicoanálisis no es motivo de reflexión; tenemos entonces mucho por trasegar sobre la política propia a la experiencia analítica, más allá de hacer una crítica de la realidad social. Planteo esto con el fin de abrir la discusión, las intervenciones y las preguntas.

Esteban Ruiz: Yo quisiera hacer una pregunta basada en un comentario, Luis. Uno podría pensar que el síntoma, dentro del campo social, podría tener una función de objeción. Recuerdo, creo que es en una conferencia a unos estudiantes, que a Lacan le preguntan por la función social de la enfermedad y él responde de forma lapidaria: “Es la ironía”. –Luis Izcovich: Sí, a los estudiantes de filosofía–. [Sigue la pregunta:] Digamos que lo deja como para explicar o entender qué sería la ironía, pero uno lo podría pensar como que es una forma de atacar el lazo social a partir del síntoma. Es como, por excelencia, la esquizofrenia lo muestra. Entonces, ¿cómo más pensar este término ironía?

Luis Izcovich: La ironía no hace lazo social, es cierto. La ironía es un modo de devaluar el lazo social. Toda la cuestión que se plantea a partir del psicoanálisis es la paradoja de cómo una práctica que, a lo que apunta es a hacer emerger la singularidad de cada uno, sin embargo, no está al servicio de deshacer el lazo social. Por el contrario, algo en la experiencia analítica hace que al final de la experiencia de un análisis, es cierto que, para operar como analista, hay una dimensión de soledad. Eso en cuanto a la práctica del psicoanálisis, pero fuera de la práctica algo empuja a aquel que terminó la experiencia del análisis a encontrarse con otros, a hacer lazo. El psicoanálisis no promueve el quedarse uno con cada uno para gozar de su síntoma. La pregunta es ¿por qué?, ¿cuál es el mecanismo por el cual algo empuja, al final del análisis, a hacer lazo social?

Es algo a explorar, pero me parece que hay una dimensión que Lacan subraya: que no existe satisfacción de uno, sino en conexión con otros. Es decir que, por definición, la satisfacción es propia porque uno se satisface de su propio inconsciente. Pero no es un inconsciente autista, es un inconsciente que está en relación con el otro. Dicho de otro modo, hay algo al final del análisis que no es la promesa de un ser autónomo, digamos, autosuficiente en cuanto a su goce, sino que hay una falta que se promueve con el fin de análisis; es la falta de autonomía que hace empuje a hacer lazo con los otros. Lacan lo dijo de otro modo, lo dijo con relación al analista, pero también tiene que ver con el resultado de la experiencia del análisis: la política del analista es política de la falta-en-ser. La política de la falta-en-ser tiene que ver con lo que yo decía antes, que aquel a quien le viene el deseo del analista está en una posición de desconexión con su inconsciente cuando opera como analista, pero cuando no opera como analista está en conexión con su propio inconsciente, y, al mismo tiempo, en conexión con un saber: solo no se puede, que hay un síntoma que es el propio, pero que también hay un saber hacer con el síntoma que tiene que ver con no hacer obstáculo con el lazo social. Es decir, que no hay satisfacción del inconsciente sino con los otros. La ironía va en el sentido opuesto. La ironía va en el sentido de destituir el lazo con el otro, la ironía destituye al otro. Se podría decir que la ironía es una variante, no quiero decir que es lo mismo, pero es una variante del modo en el cual el insulto deshace el lazo social. La ironía destituye al otro. ¿Estás de acuerdo?

Esteban Ruiz: Sí, Luis. Es en el mismo sentido en el que se plantea esa objeción al síntoma. ¿Cómo el síntoma podría pensarse en el sentido de la ironía como deshaciendo el lazo? Entonces, sí, le agradezco mucho la respuesta.

Gloria Gómez: Yo quisiera hacer otra intervención, a propósito de lo que Esteban acaba de preguntar. Esteban, no sé si tú estás pensando en el síntoma antes de constituirse como síntoma analítico, síntoma que deshace el lazo social. Habría que introducir lo que la experiencia analítica produce respecto a ese síntoma con el que se llega, o ese sufrimiento, ese malestar con el que se llega. No sé si estás pensando el síntoma más de ese lado, por fuera de la experiencia analítica, que deshace el lazo social.

Esteban Ruiz: Por supuesto. El síntoma, digamos, antes de ser analizado. Antes de constituirse en un síntoma analítico. Lo pienso porque, de alguna forma, el mismo Lacan afirmaba que en un análisis lo que se produce es un lazo social muy particular, en relación con la pareja analizante-analista. Y cómo esto puede captarse a partir de lo que se desarrolla o de lo que produce en un análisis. Pero sí, cuando hago la pregunta, Luis, es, precisamente, en el sentido de cómo aparece el síntoma al inicio, o fuera de la experiencia analítica.

Luis Izcochib: Es decir, el síntoma siempre es un modo de decir que *no* al otro. Siempre. Porque es lo que constituye a un sujeto. Un sujeto se constituye en un punto como separado del otro, y lo que separa al sujeto del otro es un decir que *no* al otro. Se ve perfectamente en los niños. En los más pequeños, antes de la constitución de síntoma, los padres dicen que en general –cuando se trata de la neurosis– los niños son maleables, dóciles. Y hay un momento en el que los niños dejan de ser tan maleables, en que comienzan a afirmarse y en el que comienzan a decir que *no* a las cosas. Es un momento que da cuenta de la estructuración de un síntoma. Es decir, no hay que ver el síntoma como algo negativo, el síntoma es lo que estructura y da singularidad a un sujeto. Es el primer momento en el cual se le dice *no* al discurso del Otro. En ese sentido, el síntoma no es lo que hace lazo, es algo que hace separación. Entonces, toda la cuestión del análisis es, en efecto, cómo el analista, en un primer tiempo, funciona como complemento de ese síntoma –esa es la transfe-

cia, la transferencia es el analista como complemento del síntoma—, llevado hasta el punto en que el analizante se identifica —se produce la identificación con el síntoma, y en ese sentido hay separación con el analista—.

Esteban Obando: Hay una idea que me queda rondando, me hace pregunta, y es cuando tú dices que el psicoanálisis promueve el derecho al goce. No sé si puedes profundizar sobre esa idea, efectivamente, porque una cosa es el goce cuestionado, digámoslo así, o la pregunta sobre el goce que alguien se hace en análisis, o también todas las variantes que puede tener una idea como esa. Entonces, si pudieras profundizar sobre esa idea que me pareció muy interesante.

Luis Izcovich: Es la definición que da Lacan del deseo. Por regla general, se entiende el deseo como opuesto al goce. Si se sigue el texto “Subversión del sujeto”, la manera como Lacan termina ese texto es que el deseo es lo que permite acceder a un goce por una escala invertida. Dicho de otro modo, hay un metabolismo que se opera en el goce, de modo tal que el deseo permite un acceso a un goce que no es el goce del inicio, sino un nuevo goce en conexión con el deseo. La idea de Lacan es constante, no es oponer goce y deseo, sino que el deseo es deseo de goce. Menos el deseo del analista. El deseo del analista es un deseo sin goce, pero el deseo del sujeto siempre implica la dimensión del goce. Es decir, que por un lado se negativiza, se intenta negativizar el goce del síntoma, reducirlo, pero que haya una articulación entre deseo y goce: esa es la ética del psicoanálisis. La ética del psicoanálisis no es un deseo sin goce.

Bibliografía

- Freud, Sigmund. “El malestar en la cultura”. En *Obras completas*. Vol. XXI, 57-140. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- _____. “Psicología de las masas y análisis del yo”. En *Obras completas*. Vol. XVIII, 63-66. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Lacan, Jacques. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Seminario*. Ciudad: Barcelona, Barral Editores, 1974.

- _____. “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”. En *Escritos I*, 231-9310. México: Siglo XXI Editores, 1979.
- _____. “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”. En *Escritos I*, 305-339. México: Siglo XXI Editores, 1979.
- _____. *Actas de la Escuela Freudiana de París. VII Congreso Roma 1974*. Barcelona: Petrel, 1980.
- _____. *El seminario de Jacques Lacan, Libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1992.
- _____. *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2000.
- _____. “Proposición del 9 de octubre sobre el psicoanalista de la Escuela”. En *Otros escritos*, 261-278. Buenos Aires: Paidós, 2014.